

go hasta el Saltillo y algunas otras plazas de la frontera.

Fuera de estas tropas tenia dos ó tres mil nacionales en Guanajuato y algunas otras fuerzas que habian levantado precautoriamente algunos gobernadores.

Se puede decir que el gobierno de Juarez tenia como unos cuarenta mil hombres dispuestos á perseguir y ahogar á la revolucion por donde quiera que osara presentarse.

Nosotros teniamos algo en Oaxaca y muy poco en Nuevo Leon para comenzar á hacer ruido, esto es, para llamar la atencion del gobierno dando tiempo á que se pronunciaran el interior y los puntos de la Sierra, en donde habia espíritu de secundarnos.

Fuimos tres los que nos pusimos en camino tomando la diligencia del Interior al dia siguiente: el que habla, Manuel Palacios como su ayudante y un ordenanza. En la misma diligencia llevábamos nuestras sillas de montar y nuestras armas, llamando la atencion en el camino á muchos juaristas, que no se atrevieron á denunciarnos.

Mi amigo Manuel Orellana Noguera nos esperaba en S. Luis á la llegada de la diligencia.

## CAPITULO. XI.

### EL PRIMER COMBATE.

Al llegar á S. Luis Potosí me consideré como en mi casa. Era el lerdismo el que allí imperaba y este como ántes he dicho estaba en liga con el porfirismo.

Mi buen amigo el valiente Manuel Orellana nos dió todas las noticias que podia yo apetecer y desde luego mandé una tarjeta al general D. Mariano Escobedo jefe de todas las fuerzas y gobernador del Estado, anunciándole mi visita.

Se ve bien que estábamos trabajando no solo con audacia sino con desfachatez.

En verdad sé decir que creo hubo un momento de varios meses despues de las elecciones, en que Juarez y sus ministros estuvieron fuera de sí de miedo, por la impresion desastrosa que sus manejos causaron en la República, momento que nosotros no supimos aprovechar.

De seguro que si el movimiento de la Ciudadela y los pronunciamientos de Oaxaca y Monterey se verifican dos meses ántes, rueda el poder de D. Benito Juárez sin la menor dificultad. Pero quisimos estar mas bien preparados; dejamos que las exaltaciones públicas volvieran á su estado normal y el gobierno recobró tambien toda su sangre fria y ya se vió mas espedito para combatirnos donde quiera, puesto que á nuestro primer grito no habia seguido como se temia un levantamiento general.

Sea como fuere, ni en México habiamos usado de gran reserva en nuestras maniobras de conspiracion, ni nos ocultábamos todo lo que era debido de los agentes del gobierno, ni al esparcirnos como comisionados cuidábamos siquiera de llevar escritos con cifras los papeles de que éramos portadores.

Mis papeles eran varias cartas para el general Antillon, que no pude llevarle á Guanajuato y que confié en S. Luis á manos seguras y las que llevaba al general Escobedo suscritas por los lerdistas mas caracterizados.

Mi entrevista con el general Escobedo se verificó en aquella noche misma y fuerza es confesar que supo manejarse como un consumado diplomático.

Me recibió muy ceremonioso, se manifestó sorprendido de las exigencias que le espresaban sus amigos en aquellas cartas, sabiendo que era servidor del gobierno y que su lealtad lo ponía á cubierto de toda suposicion respecto de sus intenciones en el porvenir; que ocupaba un puesto distinguido no solo en la ad-

ministracion sino en el aprecio y consideracion de Juárez y que por lo mismo ni idea tenia de pensar en traicionarle nunca. Bien era verdad que no aprobaba la política del gabinete que andaba completamente descarriada y que habia llegado al extremo de la impopularidad con las últimas elecciones, atropellando á los ciudadanos que se creian dueños de un derecho electoral que consideraban inalienable; pero que á pesar de eso no haria armas contra aquella administracion que él habia sabido colocar sobre bases firmes en el Cerro de las Campanas.

—Pues lo que somos nosotros los porfiristas, le contesté, no nos creemos obligados á sostener un gobierno que no respeta la ley, y vamos á tratar de derribarlo.

—Es peligroso para el país lo que vds. van á hacer.

—Mas peligroso es no tener instituciones y dejar que el gobierno ejerza la tirania.

—Estos males pueden corregirse.

—Solo con las armas. Los hombres del poder se ciegan y no ven, no pueden ver que se les tolera por no hacer llover desgracias sobre el país; ellos juzgan que esto es aquiescencia á sus actos y siguen abusando mas y mas, hasta llegar á hacerse unos déspotas insoportables.

—Juárez no es un déspota todavía.

—Pero es el camino que lleva si no le cortamos las alas. Ahora comienza por burlarse de las instituciones que tantas muestras recibieron anteriormente de

su respeto y mañana nos pisoteará á nosotros juntos con ellas.

El general se puso un poco pensativo y luego como fijándose en un ruido exterior contestó:

—Ya vienen á buscarme: espere vd. en su alojamiento...

—Un salvoconducto?

—Eso es, un salvo conducto. ¿Quiere vd. escolta?

—Seria llamar mucho la atencion. Lo único que le ruego es que se haga disimulado en caso de que vengán á contarle que por aquí anda un hombre sospechoso.

—Ya vino á decírmelo Alonso Azpe que llegó en la misma diligencia.

—Yo tomaré todas las precauciones posibles al salir de esta ciudad y del Estado, pero...

—Está vd. entre amigos.

—En esa confianza he venido y me he presentado á vd. abiertamente.

—Presumo que nos entenderemos, pero mas tarde.....

—Así lo deseo.

Todo esto lo decíamos habiéndonos levantado y en marcha ya para la puerta.

—Si el gobierno abandona el camino de la prudencia.

—Ojalá y pudiera llevarme una resolucion más positiva antes de marchar.

—Verémos, verémos. ¡Adios!

—Adios, general.

Y salí de allí en la creencia de que ya habia hecho la más importante de las conquistas. Escobedo, fuera de su gran prestigio, tenia á sus órdenes tres ó cuatro mil hombres y una influencia absoluta sobre el general Antillon que tambien por cuenta del Estado de Guajuato mantenía un buen número de tropas sobre las armas.

Despues supe que los mismos respetables lerdistas que me dieron cartas en que indicaban al general que se pusiera de acuerdo conmigo, le habian escrito por el correo previniéndole que no firmara compromiso alguno y antes bien se mostrara receloso, porque se le sospechaba ya de doblez al partido porfirista.

El dia siguiente se pasó en preparativos: teniendo que continuar la marcha á caballo, fué preciso proveerme de las correspondientes cabalgaduras. Mi estancia allí por lo mismo no pudo estar reservada en el misterio, sino que antes bien se supo muy pronto en la poblacion, lo cual hizo que todo el dia estuviéremos recibiendo visitas de nuestros cooptidarios.

Me pareció sorprendente el número de gentes de armas que se me presentaron haciéndome distinta clase de ofrecimientos. En aquella misma noche podia haberme pronunciado si no hubiera tenido motivos para ser leal á la buena acogida que me habia dispensado el general Escobedo.

A las dos de la mañana abandoné la capital de S. Luis temeroso de que mi presencia provocara compromisos y complicaciones. Manuel Orellana que era el *rey chiquito* en todo el Estado, me acompañó hast

la hacienda de Peotillos. Yendo con Orellana era como si fuera cuidado por todo un ejército. Bajo su influencia fuimos recibidos en esa preciosa hacienda, una de las mejores que tiene la República, como si fuéramos príncipes, por los mismos dueños que se apresuraron á hacernos todos los honores. Tuve positivo gusto en conocer esta finca, que solo habia divisado de léjos, la cual como construcciones de gusto y de lujo nada deja que desear, estando arreglada toda la casa suntuosamente.

Allí mismo me proporcionaron un carruaje ligero tirado por cuatro briosas mulas en el cual nos fuimos rumbo á Doctor Arroyo y Galeana como almas que se lleva el diablo.

Antes quedamos convenidos Orellana y yo en varios puntos lo mismo que para su incorporacion posterior á nuestro ejército, pues que aun tenia que dejar arreglada su familia y sus negocios privados para poderse dedicar á la campaña con toda tranquilidad.

Ibamos perfectamente bien, caballeros en nuestra carretela, Manuel Palacios y yo, seguidos de mi criado Refugio de la Torre, cuando una circunstancia nos hizo abandonar aquella comodidad para volver á tomar nuestros caballos. Esto fué en el segundo dia de camino.

Hé aquí lo que habia pasado.

Refugio, que ya habia estado conmigo en otras campañas y que se figuraba que nos encontrábamos en accion, divisó un polvo. Divisar un polvo para los que andan en campaña es ponerse alerta por si aquel polvo no fuera producido por un remolino, por una carre-

ta ó por un atajo de mulas, sino por una avanzada del enemigo.

Detrás de aquel polvo divisó otro polvo y en seguida otra hilera de polvos en medio de los cuales vió brillar distintamente algunas armas al recibir de lleno los rayos de aquel sol tropical que estaba como que riendo incendiar aquellos campos. Entónces Refugio no pudo ya guardar silencio y acercándose á la portezuela del carruaje, dijo con voz respetuosa:

—Señor.

Manuel Palacios y yo íbamos roncando.

—Señor, volvió á decir, en esta vez moviéndome de un hombro con mucha delicadeza.

Al principio abrí los ojos con dificultad, pero luego que ví algo serio en la fisonomía de Refugio, pregunté:

—¿Qué hay?

—Una fuerza.

Detuvimos el carruaje y tomamos nuestros caballos. Una vez que estuvimos montados, lo primero que dispuse fué que se devolviera el carruaje á Peotillos, para que no se expusieran en un lance que no podia preverse, intereses ajenos.

—Ahora vamos buscando un sitio en que podamos observar lo que eso significa.

Hay que advertir que íbamos ya sobre la cadena de montañas que se unen á la Sierra Madre y que forman las elevadas murallas de los Estados fronterizos. Aquella era la falda de las dilatadas montañas en que íbamos á penetrar para llegar al pueblo de Ga-

leana y ya el terreno en que estábamos era completamente sinuoso. De ese modo se comprenderá que hubiera entre nosotros y la fuerza armada, cuyas armas reverberaban con el sol, una distancia aparente de ménos de media legua, pero en realidad las asperezas del terreno nos separaban en más de dos leguas. Esto no lo sabíamos ni lo comprendimos sino hasta que estuvimos colocados en una eminencia. Desde allí vimos que habia al pié profundas barrancas que era muy difícil franquear sin conocer las veredas que pudieran llevar al camino real de San Luis al Saltillo. Porque es necesario advertir que nosotros nos habíamos desviado desde nuestra salida siempre á la derecha á fin de evitar los malos encuentros.

En consecuencia, aquellas fuerzas iban por el camino real con direccion al Saltillo; pero ¿qué fuerzas serian? Lo que más falta nos hacia en aquel momento era un buen antejo con el cual hubiéramos conocido hasta á los gefes que las iban mandando.

—¿Qué pasa allí? exclamé de repente, parece que se introduce el desórden y que algo grave.....

No habia acabado de hablar cuando se oyeron detonaciones y se vió aparecer un pequeño grupo de gente montada, á la derecha del camino.

Un oleage parecido al del mar recorrió la columna que teníamos á la vista haciendo que reverberaran más las armas bajo los rayos del sol y empezó á desplegar aquella fuerza en batalla á su frente, pero sin poder consumir este movimiento á causa de la desigualdad del terreno.

Entonces aparece otro grupo de ginetes por una hondonada de la izquierda, que despues de hacer una descarga se lanzan sable en mano sobre el grueso de la fuerza organizada que tienen á su frente.

El ataque es tan brusco y tan inesperado que no puede ménos que introducir el desconcierto en toda el ala, haciéndola replegar á su centro, pero no con una marcha ordenada, sino en el más confuso desórden. La carga se afloja un poco contenida por una descarga á quema ropa de una compañía de reserva, pero el movimiento en sentido de tomar la huida estaba indicado y aquella columna que habia presentado primero el aspecto de una serpiente con escamas de plata y luego con lenguas de fuego, era ahora una serpiente de polvo que casi iba huyendo al frente de un enemigo tan audáz como insignificante, si se habia de calificar por el volúmen.

No cabia duda alguna de que se habia verificado allí un encuentro; teníamos que dar alguna fé á nuestros ojos que acababan de presenciar un breve y reñido combate. . . . . pero ¿quiénes eran aquellos beligerantes? ¿por qué peleaban? Imposible era adivinarlo. ¿Por qué los mas muchos corrian y los mas pocos que se quedaban dueños del campo no les daban otra embestida para consumir la derrota? Eran tambien preguntas que no pudimos resolver sino más tarde al saber que el general Pedro Martinez se habia movido de Pablillo con unos trescientos *chinacos* organizados violentamente para dar un golpe de mano al general Florentino Carrillo que iba de guarnicion al Saltillo

con mil hombres poco mas ó ménos llevando un convoy de armas y municiones. En los primeros tiros salió herido Martinez y fué el motivo por qué no se siguió dando aquella terrible carga de caballería que habíamos presenciado nosotros.

¡Era la primera sangre que se derramaba en nombre del nuevo grito de libertad!

En un solo día, lográndose dar aquel golpe de mano que tantas veces se intentó, triunfando otras tantas, quedaban triunfantes las ideas de la revolución.

### CAPÍTULO. XII.

#### LA CIUDADELA.

No solamente el país entero, sino todas las naciones de la vez se verificaba un suceso, que si no consiguió alcanzar gran importancia, sí hizo que se derramara mucha sangre de mexicanos, en la misma capital de la República. Me refiero al pronunciamiento en la Ciudadela que costó tanto dinero de los amigos de la revolución y tanta sangre inocente derramada con verdadero lujo por el supremo gobierno. La historia se ocupará de ese hecho, lo mismo que de tantos otros que se eslabonaron entónces como una cadena de muerte y esterminio, y hará de todos ellos las debidas apreciaciones: yo solo por incidente me ocuparé de aquel acontecimiento, refiriendo lo que me refirieron y lo que entónces fué público y notorio.

Los generales Negrete, Rivera, Toledo, Chavarria,